

DM Por Pastor González Sch. P.

TODOS los campos de la actividad humana necesitan renovarse en Jesucristo, decía el Santo Padre a los intelectuales y profesionales de Roma (Laureati) en la inolvidable audiencia del 24 de mayo de 1953, Pascua del Espíritu Santo.

Hay que reconocerle al Evangelio el oficio de fermentar integralmente el pensamiento humano y si todavía algunos están en la duda o indecisión acerca de la urgencia de una transformación radical de la vida en sentido cristiano, son los intelectuales los llamados a recordarles que así la actividad teórica como la práctica, en todos sus campos, y por lo tanto la misma actividad artística, deben tener una inspiración cristiana si aspiran a transmitir al mundo nuevo el germen de una cultura nacida al influjo de la Gracia.

La vida intelectual del mundo que dejamos atrás—o que debemos dejar—, está dominada por un pensamiento que ha querido desconocer o hacer desaparecer el sentido de las verdades metafísicas. Se discute la misma capacidad de percibir las; cuando, al contrario, no debe ser necesario demostrar que esa verdad de orden superior sostiene todo el ser, lo material, lo espiritual, lo natural y lo sobrenatural.

El día de Pentecostés los apóstoles de la Verdad inundados de luz, transformados en el ser y en el obrar, irreconocibles a sí mismos, salieron del Cenáculo y se hallaron en medio de una multitud en espera de algo nuevo, de algo grande. La palabra cayó en buen terreno, porque estaba rociado por la gracia del Espíritu Divino.

Emitte Spiritum Tuum... et renovabis faciem terrae.

Como en aquellos días iniciales del estreno cristiano, del cambio de vida propuesto por Cristo al mundo, ahora, en esta época de actitudes resolutivas para la historia de la Iglesia, el mismo Cristo está llamando a nuevos apóstoles para renovarlos y transformarlos en capaces y ardientes constructores de un mundo diverso y mejor.

Y el Santo Padre, con la mente inundada de luz, con el corazón inflamado de amor, con su vida ofrecida a Cristo, no pudo disimular la gloria, la alegría, de ver reunidos en torno suyo a "una de las más calificadas (de mejor calidad) asambleas de discípulos de Jesús".

x X x

Eco de ese anhelo de la Iglesia es el Movimiento de Intelectuales y Profesionales surgido entre nosotros, hace ahora dos años, bajo los auspicios de nuestro Eminentísimo Cardenal y de la Nunciatura Apostólica.

Un movimiento de ideas que se ha impuesto la tarea de estimular a los que dedicándose, por vocación, al ejercicio discursivo, reflexivo o práctico de la inteligencia tienen una insoslayable responsabilidad en el drama del mundo presente. Excluir

a los hombres de pensamiento de la obligación de colaborar en la solución de los graves problemas actuales, sería una lamentable omisión.

La tarea y el influjo de un movimiento de intelectuales y profesionales debe ejercerse primero en el medio más inmediato: el **universitario y profesional**; pero debe extenderse también a un círculo más amplio, atacando el problema de la miseria espiritual, moral, cultural y material.

a) Para el cumplimiento de su deber apostólico, el intelectual debe reconocer y amar la verdad dondequiera que se halle. Si tiene conciencia plena de su papel de conductor de la sociedad, si desea conducir a los otros a la verdad, debe partir de lo que haya de verdadero en su actitud y su conducta. La vida intelectual no puede considerarse como mero privilegio personal sino, fundamentalmente, como un servicio prestado a la comunidad. Los más favorecidos en el orden de la inteligencia deben preparar y guiar generosamente y con humildad a los demás.

b) El medio universitario, ambiente eminentemente intelectual, es el llamado a sembrar en los espíritus juveniles esta ansia de amor y de unión, para que la renovación del mundo sea en primer lugar de naturaleza ideológica y de superación personal.

Por eso la presencia de las Universidades católicas es cada vez más urgente en el mundo laico. No tienen ellas, como algunos mal informados dicen, ninguna pretensión de vanidad académica, literaria o científica. Tiene toda Universidad, por razón de serlo, una misión cultural característica. Mas, **si es católica**, su programa —como recordaba el Padre Gemelli, rector de la Universidad Católica de Milán, no lo constituye la ciencia, ni la contribución al saber, ni la demostración de la armonía entre la ciencia y la fe, sino la **intima unión de la vida intelectual y de la vida religiosa**, por la cual los maestros defienden, ilustran y promueven el conocimiento de **las verdades metafísicas** como verdades esenciales y supremas para la vida humana. De ahí la religiosidad de los jóvenes preparados a la vida con la formación de un carácter y una cultura **sobrenaturalmente inspirados**.

A una Universidad laica quizá le baste como meta de aspiración máxima fecundar en sus jóvenes alumnos las prácticas de un saber y un deber disciplinados; a la Universidad católica le corresponde hacer cooperadores conscientes y eficaces de la obra de la Redención.

c) La labor de los profesionales en sus respectivas empresas, cátedras, gabinetes, laboratorios, oficinas, etc., influye tan decisivamente en las condiciones de la sociedad, en las relaciones entre los individuos, en la divulgación de la cultura, en la creación de fuentes de trabajo, en la dis-

MONIO
MENTAL
HISTORIADO
HAWAII

tribución de los bienes, y en general en el bienestar espiritual y material de los hombres, que todo profesional ha de sentirse responsable colaborador en la estructuración de un mundo sinceramente evangélico.

x X x

La profesión es para el hombre como un mensaje de la voluntad divina: es **una vocación**. Todas las profesiones, las prevalentemente intelectuales, las técnicas y las mecánicas, han de entenderse como formas de actividad humana mediante las cuales el cristiano, deseoso de perfeccionarse, concreta su ideal de vida haciendo del ejercicio cotidiano del trabajo un instrumento de superación espiritual, situándolo así en el plan providencial de Dios acerca del hombre.

x X x

Si los profesionales, si los intelectuales, si los hombres amantes de la cultura católica se dispusieran a movilizarse con recta inteligencia, sin cansancios o temores más o menos justificados, unidos en el esfuerzo de renovarlo todo en cristiano, no tardaríamos mucho tiempo en reconocer que la lluvia de gracia que transformó a los más inmediatos seguidores del Divino Maestro no cesa de caer sobre todos los **llamados** a ser obreros de un mundo cuyo nacimiento se espera con una inquietud inexplicable.

Profesores, artistas, médicos, abogados, técnicos, periodistas, todos aquellos que deben sentirse maestros en sus propias actividades no pueden olvidar que integran una clase dirigente, por sus ideas y conducta, obligada a interesarse por la salvación **del pueblo** confiado a su saber y a su hacer.

El eco de aquellas palabras del Santo Padre encendiendo los corazones de sus oyentes no puede apagarse. Lo repetiremos como una insinuación, como un anhelo y como una necesidad para la renovación de Cuba y del mundo.

Hacia Dios, por la profesión.

